

PROGRAMA BUENOS AIRES DE HISTORIA POLÍTICA

(UBA – UNICEN – UNLP – UNMdP – UNSAM – UNS)

3^{ras}. Jornadas sobre la política en Buenos Aires en el siglo XX

Organiza:

Programa El pasado reciente argentino: la elaboración de una memoria colectiva y la indagación histórica (1966-2002)

(CISH - Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - UNLP)

La Plata, 28 y 29 de agosto de 2008

BANDAS, FUTBOL Y POLITICA EN NUEVA URBANA (1977-1991)

Jorge Luis Ossona
CEHP-UNSAM

INTRODUCCION

Cuando luego de un año de infructuosos intentos finalmente pude entrevistar a Samuel “El Pampa” Martínez acompañado por los cuñados Jorge Ibáñez y Oscar “El Pájaro” Jiménez, ex directivos de la Sociedad de Fomento de Nueva Urbana – en el inmediatamente anterior, en enero de 2007, cuando nos habíamos aproximado a su Club “Patria y Tradición” del Barrio 5 de Febrero del Campo Santo con el propio “Pájaro”, nos mando a decir por un asistente que teníamos cinco minutos para desaparecer si no queríamos ser despachados a balazos- me tope con un individuo diferente al que me había imaginado. Lejos de ser un morocho de gran porte, se trataba de un individuo de estatura mas bien baja, retacón y macizo; de aspecto ruso o polaco: rubio, de ojos claros, y cabello lacio. Exhibía una inequívoca rotura del tabique nasal como la que suelen tener los boxeadores; un dato que compartía con aquellos a quienes invito en nuestras reuniones posteriores.

Samuel nos hizo pasar a su “bunker” de una precaria construcción en Villa Diamante sobre la Avenida Talleres, que delimita a esa localidad de Alsina con Villa Urbana, en La Paz: una pequeña habitación que operaba como living y cocina al mismo tiempo, lindante con un patio semicerrado por un techo de zinc y una habitación pintada con vivos colores. El dato mas llamativo lo constituía la gran cantidad de teléfonos celulares ubicados en una repisa que sonaban incesantemente: era curioso como, cuando atendía, asumía diferentes tonos de voz según de quien se trataba: a veces, un estilo entre prepotente y altanero; otras, de caracteres respetuosos, rayanos en la obsecuencia, respecto de interlocutores que, curiosamente, reproducían su propio estilo anterior; y que, en todos los casos, eran

funcionarios municipales. En la pared, sobre la repisa de los teléfonos, estaban colgados los escudos de Boca Juniors y de “Patria y Tradición”; una estrella de David; una estampa de la Virgen de Lujan; y una fotografía de Juan D. Perón montado en su caballo pinto.

Mi interés estaba concentrado en obtener información acerca de la fase final de la ocupación del Campo Santo hacia la segunda mitad de los años 90 que, según todos los testimonios recogidos a lo largo de las distintas etapas del trabajo de campo, había tenido contornos propios de una guerra civil protagonizada por las “bandas”. ¿Qué era una banda?; ¿Cuántas modalidades de bandas habían?; ¿Cómo se inscribían en el concierto de los demás actores hasta ese momento estudiados de la política barrial de Nueva Urbana como las militancias religiosas, las políticas, y las fomentistas?; ¿Cuál era el valor político de las bandas tanto para los dirigentes barriales como para los partidarios? Las respuestas provisionales a todos estos interrogantes fueron emergiendo luego de más de una veintena de entrevistas, tanto con Samuel como con los personajes que progresivamente me iba presentando. También, con los viejos referentes del eje constituido por los primeros asentamientos “planificados” del Campo Santo inscriptos en un proyecto que, hacia mediados de la década, fue interrumpido por el protagonismo de las “bandas”.

Este trabajo es el resultado del cruce de información de unos y otros. A lo largo de las sucesivas etapas de la juventud de sus protagonistas se analizan las estructuras sociales con las que estos se fueron topando en un proceso histórico definido por la democratización política posdictatorial y por profundas transformaciones socioculturales del mundo popular: desde las bandas, hasta los clubes de fútbol barriales; desde las organizaciones delictivas viejas hasta las nuevas; desde la policía hasta la política partidaria; desde las estéticas de la cultura nocturna hasta las religiosidades. En este camino, las bandas se erigen como un actor crucial de la política barrial de una región social mucho más heterogénea social y culturalmente que en décadas anteriores; aunque bajo el común denominador de la pobreza suburbana. Ello está corroborado por el enfrentamiento antagónico de sus líderes; aunque ello no es óbice para que, en ciertas circunstancias, estos confluyan como lo prueba la intermediación de los Ibáñez para que Samuel, finalmente, me diera una entrevista. Aun así, este me pidió, en un segundo encuentro a solas, que no quería que volviera acompañado por ninguno de ellos; al tiempo que estos últimos me recomendaron tomar con cautela tanto sus testimonios como los de sus amigos.

Como dato anecdótico, tal vez resulte interesante reproducir literalmente su carta de presentación -luego de que yo le formulara la mía- tratando de traducirla a lo que el suponía que era mi universo simbólico: “Sepa, profesor, que Usted está en la Universidad de Villa Urbana; una Universidad cuyas facultades más importantes son el fútbol, el delito, y la política; y cuyos profesores somos todos “machos que las tenemos bien puestas”. Con el correr de las semanas, aquello que, en principio, interprete como una pintoresca metáfora, encubría significados muy profundos acerca de la cotidianidad y de la cultura de los entrevistados; y de los complejos entramados entre el deporte, el delito, y la política en los territorios de la pobreza marginal. Este trabajo aborda su evolución entre mediados de los 70 y principios de los 90.

UN TERRITORIO JURISDICCIONAL Y SOCIALMENTE COMPLEJO

El área geográfica en la que transcurren los procesos que analizamos a continuación se halla en la frontera jurisdiccional entre las localidades de Villa Diamante y Villa Urbana, pertenecientes a los municipios de Alsina y La Paz, respectivamente. Sin embargo, cada

una de ellas expresa a distintos sectores sociales dentro del común denominador de la pobreza suburbana en la periferia marginal de ambos distritos. La primera es un asentamiento mas antiguo, de casi cincuenta años, cuyo núcleo se sitúa en torno de la Avenida Talleres; una arteria principal que la conecta con los accesos que conducen al centro de Alsina y con la rivera del Riachuelo. La segunda, en cambio, constituía, hasta fines de los años 70, el “fondo” de una población cuyo centro se ubicaba alrededor de la otra avenida principal, Ibarzabal, que atravesaba el casco urbano de la localidad. Mas precisamente, el lado derecho de la Avenida Talleres, era la parte posterior del barrio Nueva Urbana -también denominado “Treinta y Tres Manzanas”- que recién extendió allí varias manzanas en las postrimerías de los años 70, luego de una ciclópea operación de rellenado de la laguna La Poseática por parte de sus vecinos; en su gran mayoría, inmigrantes paraguayos y litoraleños llegados unos quince años antes. Esas manzanas, de asentamiento mas reciente, constituían el “fondo peligroso” de Nueva Urbana. Allí residían los trabajadores menos calificados recién llegados del Interior o del Paraguay atraídos por sus parientes de la zona más vieja. El contraste entre esas familias y las de Diamante era, por aquella época muy nítido: en esta última, predominaban obreros más antiguos, de mayor nivel de instrucción y calificación; ocupados en las empresas industriales de la zona.

El fútbol de potrero constituía la actividad que mas concitaba el encuentro entre los chicos de Diamante y Urbana; mas aún desde que uno de sus vecinos escalara posiciones de la mano de don Eusebio “Goyo” López, presidente del Club “Tres Estrellas”, cuya cancha se localizaba en la frontera con el descampado al norte de las “Treinta y Tres Manzanas” denominado “Campo Santo”. El fútbol era concebido como una suerte de patrimonio común de los vecinos de ambas localidades que se practicaba en dos niveles: uno institucional, y otro informal. El primero tenía por epicentros tres clubes: “Central Sur”, ubicado en Villa Diamante; “Bandera Roja” y “Tres Estrellas”, en Villa Urbana; el segundo, en cambio, era una expresión espontánea en la que confluían las barras de chicos de distintos barrios con sus equipos y jugadores respectivos. En los potreros del “Campo Santo” alrededor de La Poseática todas las tardes, llegaban jóvenes de todas las vecindades cercanas a jugar campeonatos informales paralelos a los de los clubes. Estos detectaban, a través de sus agentes, a los mejores jugadores para incorporarlos a sus equipos respectivos.

LA SOCIABILIDAD JUVENIL: BANDAS, PELEAS, Y FUTBOL

El fútbol informal, sin embargo, se enmarcaba en otras prácticas consuetudinarias de la sociabilidad de los chicos y jóvenes de estos barrios. Los campeonatos estaban precedidos de feroces peleas litúrgicas entre las diferentes bandas barriales. Estas luchas cuerpo a cuerpo, que no eran la expresión de una violencia irracional e incivilizada sino la culminación de relaciones cuidadosamente cultivadas en sus respectivos barrios a lo largo de la semana, constituían un lenguaje de códigos muy estrictos cuyo epicentro eran los cuerpos. Esa corporalidad, indiscernible respecto de su inserción laboral en actividades menos calificadas de la producción industrial, la construcción, y algunos servicios comerciales, también evocaba otro aspecto de su socialización: el barrio.

Delimitados por sutiles fronteras, cada barrio poseía su “banda” de jóvenes entre aproximadamente los quince y los veinticinco años que exteriorizaban su presencia en determinados lugares como las esquinas, las salidas de sus laberínticos corredores, o la puerta de las casas de familias emblemáticas de muchos adolescentes emparentados. Los liderazgos dentro de cada banda se forjaban en estas peleas rituales que definían un orden

jerárquico en cuya cima se ubicaban los “poronga” concebidos como “los más machos”; los que siempre se imponían en luchas cotidianas cuerpo a cuerpo; y resistían estoicamente el dolor de los golpes y de las heridas sin exteriorizarlo. Caracterizados por una corporalidad maciza y resistente a los golpes, cada banda podía llegar a tener hasta cuatro o cinco “poronga”. En un segundo nivel, se ubicaban aquellos que sin poseer sus dotes, también exhibían una gran capacidad de resistencia. En el último escalón de la pirámide estaban los “pibes”, hermanos y parientes menores a los quince años; aprendices encaminados a ascender a los estamentos anteriores.

El tamaño de cada banda era correlativo al de su barrio respectivo; pudiendo, en algunos casos, nuclear hasta cien miembros. La inmensa mayoría de los jóvenes vecinos participaba en los rituales de su grupo. Sin embargo, también estaban aquellos excluidos o autoexcluidos por sus disminuidas facultades físicas y psicológicas y que, por regla general, eran denominados “putos”; minoría que era objeto de burlas y de vejámenes físicos. La identidad de género se afirmaba, entonces, mediante alusiones a atributos sexuales tales como “tener huevos”, ser “poronga”, o poder “cogerse” a los adversarios. “Ser macho” significaba también un conjunto de saberes correlativos a las técnicas de lucha callejera en las que se utilizaban brazos, piernas, y cabezas. Cicatrices y marcas eran, asimismo, exhibidos como trofeos de su participación en diferentes combates entre bandas o en la suya propia. Las peleas, por último, configuraban una pedagogía dirigida a los “pibes” que las contemplaban tomando debida nota de las tomas y torsiones corporales luego subrayadas por los hermanos mayores o por sus padres.

Esta socialización no tenía sentido si las cualidades de las bandas no se desplegaban en áreas de confluencia con sus pares de los distintos barrios cercanos, devenidas así en verdaderos sitios de combate. En el eje Villa Diamante-Villa Urbana el espacio reservado para estas batallas era precisamente el “Campo Santo”. A lo largo de la semana, todas las tardes confluían allí las diferentes bandas, con sus respectivos “poronga”; llegando a celebrarse hasta cuatro peleas diarias de más de una hora cada una. Si, en principio, en estas solo participaban los “poronga”, las frecuentes situaciones de empate determinaban la participación de los demás “peleadores” tornándose los enfrentamientos verdaderas batallas campales entre varios cientos de jóvenes.

Los “poronga” eran los garantes de una reglamentación tácita orientada a efectivizar la igualdad de condiciones de los contendientes en cuanto a sus edades, su cantidad por grupo; además de la prohibición expresa de llevar armas blancas o de fuego, de asistir alcoholizados, o de ser acompañados por mujeres. El campo de batalla se establecía mediante el trazado de límites imaginarios indispensables para medir el resultado de las peleas: ganaban aquellas bandas cuyos jefes o integrantes lograban “pararse”; es decir, permanecer allí sin retirarse expulsando a los vencidos que, sin embargo, no debían huir sino retirarse; y, reconociendo la derrota, permanecer en la periferia. Las victorias y las derrotas de los combates, por último, habilitaban o no el derecho a jugar al fútbol los domingos en las canchas informales trazadas en los márgenes de La Poseática. Entonces, tenía lugar una nueva selección: los mejores jugadores de los equipos de cada banda –que adoptaban diferentes denominaciones- solían ser premiados por las atentas autoridades y directores técnicos de los clubes barriales quienes los incorporaban a sus planteles formales; para luego, eventualmente, ofrecerlos a los clubes nacionales. Los “porongas”, por su parte, solían ser valorados como “barrabruvas”. Su fuerza, como se vera, pronto habría de ser también cotizada por otros intereses no precisamente deportivos.

La Dictadura Militar impuso severas restricciones tanto al fútbol informal como al institucional de los clubes. Los campeonatos fueron prohibidos debido a que, cada domingo, llegaban a concentrar varios miles de personas en los distintos potreros de la zona. Durante los primeros meses de 1976, efectivos de la policía y el Ejército recorrían sus inmediaciones disolviendo compulsivamente a los equipos; pero estos volvían a congregarse. Aprovechando los ratos en los que las fuerzas de seguridad se ausentaban, los “porongas” armaban los denominados “campeonatos relámpago” que se jugaban en el día. Luego del Mundial de Fútbol de 1978, ya atenuado el terror estatal, el fútbol se fue normalizando en los potreros de Campo Santo; al punto que, un año más tarde, el Club “Bandera Roja” –que debió modificar su denominación como “Banderas Unidas”- logro organizar el campeonato de aficionados mejor organizado de toda la Provincia.

LAS VIDAS PARALELAS DE “EL PAMPA” Y DE “MACOCO”

Samuel, “El Pampa”

Hacia fines de los años 70, Samuel Martínez era un “poronga” reconocido, tanto en su barrio, Villa Diamante, como en las “Treinta y tres Manzanas”. Su prestigio se lo había ganado como deportista “amateur” en las canchitas periféricas a la, ya en extinción, laguna La Poseatica. Hijo de una familia de inmigrantes chaqueños llegada hacia fines de los 60 a raíz de la crisis de la producción aldononera, su padre se había calificado como oficial matricero en la Fabrica Militar de Valentín Alsina. Cuando en 1977 su padre fue despedido, viéndose obligado a volver a su Chaco natal, la familia –que quedó a cargo de su hermano mayor- cayó en la indigencia; justo cuando Samuel comenzaba sus estudios secundarios en una Escuela de Educación Técnica del centro de Alsina. Su madre, sin embargo, lo obligo tanto a proseguir sus estudios como a recorrer los basurales de la rivera del Riachuelo en procura de alimentos. Fue allí que estrecho aun más su vínculo con los chicos “del fondo” entre quienes adquirió fama por su capacidad de pelea. Casi todos los mediodías, distintas bandas de la zona lo iban a buscar a la escuela para invitarlo a pelear con sus respectivos “porongas” en el Campo Santo. Ello les motivaba la extraña curiosidad de contemplar como su par de “clase media”, impecablemente vestido con cuello y corbata, no solo no les temía sino que, además, disfrutaba de compartir con ellos uno de sus “mettiers” favoritos. Así, hacia 1979 su prestigio estaba consolidado como peleador y como futbolista.

La resurrección del fútbol de potrero, que tuvo lugar por aquella época, le permitió desplegar sus cualidades en “Los Azules”, el equipo de su banda; y aspirar a convertirse en jugador profesional. Eusebio “Goyo” López lo ubico sucesivamente en los clubes Huracán, Barracas Central y en el Deportivo Tristán Suárez. Los sábados jugaba en primera división; y los domingos en las distintas categorías que iban desde la cuarta hasta la séptima, viajando por varias provincias. Cuando, finalmente, se recibió de Técnico Electromecánico en 1982, su pasión futbolera y su experiencia en las ligas juveniles lo llevaron a albergar el sueño de fundar un gran club social y deportivo que aglutinara a todas las entidades de Villa Diamante y de Villa Urbana; cuya organización le permitiera, algún día, ingresar en la AFA; y jugar en los campeonatos de primera división. Su promisoria carrera profesional no fue un obstáculo para que, merced a sus relaciones con bandas de distintos barrios, organizara distintos equipos locales que participaban en los campeonatos de las ligas convocadas por los cuatro clubes de la zona. Ninguno de sus múltiples talentos, sin embargo, eran ajenos a su militancia política.

Durante sus estudios secundarios, en plena Dictadura, un compañero de curso lo puso en contacto con Luis Quiroga, sobrino del ex intendente peronista de Alsina entre 1973 y 1976, quien organizaba reuniones clandestinas para ir formando nuevos cuadros de militantes. Hacia 1982, este lo incorporo como dirigente juvenil de la Agrupación “Cholo Conducción”, la rama vecinal diamancense de la matriz “Evita Capitana”; coordinada por su tío, en carrera para volver a disputar la intendencia en las elecciones de octubre de 1983. La política se cruzaba y entrelazaba con su actividad deportiva tanto por el lado de su agrupación en Alsina como por el de los vínculos de sus jefes de los clubes de Villa Urbana que, en todos los casos, también registraban filiaciones en agrupaciones peronistas de su distrito. Para un joven militante, estar situado en una zona liminar entre ambas jurisdicciones entrañaba la ventaja de poder optar por unos u otros; sin perder contacto con ninguno. Sus jefes alentaron sus ambiciones; pero también le exigieron, en contrapartida de su apoyo, la subordinación a sus objetivos políticos. Sus contactos con los jóvenes de los distintos equipos barriales le permitieron exhibir ante Rafael “El Cholo” Quiroga una gran capacidad de movilización de contingentes que llegaron a llenar veinticuatro colectivos para el acto de cierre de la campaña de la formula Luder-Bittel en octubre de 1983.

Cuando “El Cholo” Quiroga retorno a la Intendencia de Alsina, su sobrino Luis lo retribuyo con un terreno baldío en los márgenes del norte de Villa Diamante; encomendándole la organización de un club que conjugara deporte con política. Fundo, entonces, el Club “25 de Mayo” que, merced a los apoyos municipales, logro hacerse, durante 1984, de una modesta instalación. Desde allí, y a lo largo de los siguientes cuatro años, Samuel conjugo el deporte con la denominada “militancia social” consistente en el reparto de chapas, alimentos, ropa, medicamentos, colchones, materiales de construcción, etc. entre las familias movilizadas a través del fútbol. Por aquellos años, la presencia acechante del alfonsinismo obligo al gobierno municipal y al peronismo local a afianzar sus políticas asistenciales; compitiendo palmo a palmo con un oficialismo nacional y provincial que, inéditamente en la zona, logro la instalación de una red de comités desde donde se distribuían las cajas PAN y otros bienes para morigerar las penurias de la nueva pobreza descubierta por aquellos años. Si el despliegue radical fue notable -logrando multiplicar, al menos durante los primeros años su número de simpatizantes-; el peronismo contaba con la ventaja de su predicamento en una red de organizaciones preexistentes. Estas fusionaban sus actividades específicas con otras de fuerte valor simbólico, en todos los casos, asociadas al peronismo y al sueño de restauración de los míticos años 40. Esta ponderación se afianzo al compás de la indomable crisis económica que fue aislando a la maquinaria radical frente a sus refortalecidos rivales. El fútbol, identificado más que nunca con el éxito y el ascenso social, era sinónimo de “peronismo” dada la subrepticia afiliación justicialista de la dirigencia de los clubes; y de la ampliación de sus funciones sociales auspiciadas desde las municipalidades. Hacia 1984, en coincidencia con la ola de ocupaciones ilegales de tierras en ambos partidos, se configuro en frente del Club un enorme asentamiento de diez hectáreas, el “Presidente Perón”, que fue rápidamente cooptado por el “quirogismo”. Su principal referente y organizador era Raúl Roldán, un notable “poronga” del “fondo” de Diamante, mas reconocido por el seudónimo de “Macoco”; compañero de ruta de Samuel desde hacia años en la contracara nocturna de sus actividades políticas y deportivas.

Raúl, “Macoco”

“Macoco” Roldán y su extensa familia habían llegado también desde el Chaco, a raíz de las inundaciones de 1967. Los Roldán configuraban la expresión por antonomasia de los segmentos mas precariamente integrados a la economía formal: su padre era botellero; y sus hermanos vendedores ambulantes de distintos productos en los barrios de Alsina y de La Paz quienes, solo con los años, lograron calificarse como trabajadores de la construcción. Uno de sus tíos, en cambio se profesionalizo en el delito como “chorro de caño”; incorporándose en sucesivas bandas, y llegando a participar incluso en el asalto a un banco de Alsina en 1973. Su exitosa carrera lo convirtió en un referente valioso para los jóvenes de su extensa familia; inspirando a varios a seguir su camino. Samuel los conoció en los combates y campeonatos del Campo Santo. Su ascenso como jugador profesional los distancio; pero tras la Guerra de las Malvinas, una nueva circunstancia los volvió a vincular. La apertura política impulsada por el exhausto régimen militar flexibilizo las condiciones para la rehabilitación municipal de locales bailables restringidos desde 1976; reactivándose, a continuación, una vida nocturna virtualmente extinguida por las mismas razones por las que se había intentado disolver el fútbol amateur. Los nuevos tiempos, sin embargo, trajeron aparejados algunos cambios en la estética y en las prácticas de los jóvenes de las clases populares. Las bandas de los distintos barrios y sus respectivos “poronga” tendieron a copar los nuevos boliches, distribuyéndose entre ellos como sus clientelas estables; y reproduciendo, en líneas generales, la misma estratificación que diferenciaba a las “clases medias” respecto de “los del fondo” o “villeros”. Este clivaje también alcanzo a la estética musical que, hasta poco antes, había mancomunado a los jóvenes de los barrios marginales en torno de los géneros de sus provincias de procedencia. Así, mientras que en los primeros se difundió el rock pesado y la música disco en ingles; en los segundos, seguían vigentes el chamamé, los cuartetos cordobeses, los solistas latinos, y los grupos románticos.

Como en el fútbol de potrero, los enfrentamientos entre bandas al salir de los boliches, o aun en su interior, se convirtieron en un ritual; agravados, esta vez, por las disputas por mujeres, y por el consumo del alcohol y de drogas que potenciaban la capacidad de pelear. Colocarse fuera de los estados normales de conciencia definió así una nueva modalidad de “poronga”; esta vez, ponderada por el sexo femenino como un indicio de virilidad. La necesidad de ostentar para tener más “levante”; y el prestigio de aquellos que lograban adquirir una moto o un coche, o llevar a sus chicas a los mejores hoteles alojamiento, impulsaron a muchos a tratar de obtener recursos extraordinarios por la vía del delito. Los miembros de algunas bandas se volcaron, entonces, a los asaltos callejeros o a los “escruches” nocturnos.¹ Tal fue el caso de Macoco quien, durante los días de semana, salía a “escruchar” por la zona de Alsina periférica al Hospital Evita. Las distintas bandas lanzadas a delinquir se repartieron zonas específicas; vedándose, expresamente –fiel a una tradición de la marginalidad delictual- sus barrios respectivos de origen. La “clase media” no quedo exenta del fenómeno; al punto que el delito, como el fútbol, opero como un nuevo puente para el encuentro entre jóvenes de ambas zonas. Pero, llegados a este punto, nos resulta indispensable incursionar en algunos aspectos de la “mala vida” como opción para los jóvenes; y en los cambios que esta experimento en el tránsito de los 70 a los 80.

¹ En la jerga delictiva se denomina “escruche” al asalto de una casa cuyos habitantes se hayan ausentes.

LAS NUEVAS BANDAS DEDICADAS AL DELITO A PARTIR DE LOS 80

Aficionados y “escruchadores”

Durante 1982 y 1983, el fenómeno del delito urbano reapareció en el eje Villa Urbana-Villa Diamante con una fuerza correlativa a la de la apertura política y al debilitamiento de la represión militar. Surgieron así decenas de pequeñas bandas que conjugaban las actividades diurnas del tiempo libre -fútbol y las clásicas peleas- con “escruches” o asaltos nocturnos. Durante los fines de semana, los resultados de ambas actividades se desplegaron en el Campo Santo, durante el día; y en el nuevo circuito de locales bailables por las noches. Como ya se lo señalara, durante los primeros años del régimen militar, el terror de Estado impactó contundentemente en las rutinas barriales. La acción represiva redefinió todos los aspectos de la vida social de los barrios. Muchas de las tradicionales redes y organizaciones territoriales del mundo popular -de una u otra manera vinculadas al peronismo- debieron replegarse y “subterraneizarse”; aunque, en algunos casos, sin abandonar ni dejar de cultivar sus vínculos con los emisarios del poder militar. Estos se sustentaban a través de la policía -facilitados por vecinos que integraban la fuerza en el escalafón de suboficiales- o de conocidos militantes políticos que habían logrado preservar sus puestos en la burocracia municipal.

Sin perjuicio de lo anterior, las políticas de seguridad con fines políticos restringieron la acción de los viejos profesionales del delito de la zona; gente, en general, muy respetada por su “ética”; y por sus contactos con la policía, la municipalidad; además de punteros y dirigentes sindicales. La “mala vida”, en general, era aceptada por las “clases laboriosas” como un dato consuetudinario de la vida barrial. Pero su tolerancia estaba supeditada a códigos muy rigurosos que el delito compartía con las labores legales: concebido como un “trabajo”, constituía un campo profesional dotado de jerarquías análogas a las de las actividades legales. Así, por ejemplo, en el nivel superior, se ubicaban los denominados “malandras”, “chorros de caño”, etc.; en el inferior, los “violines”, esto es, los abusadores sexuales que constituían una franja aborrecida dentro y fuera de las cárceles; y en el medio, toda una serie de categorías de “perejiles”, “cachivaches”, “chorritos solitarios”, etc. Las “carreras delictivas” de “chorros de tiempo completo” significaban una profesionalización dotada de técnicas, de conocimientos; además del apego obligatorio a normas tales como no robar en el barrio; no atacar mujeres; reducir al máximo el ejercicio de la violencia; no beber antes de cometer los atracos, etc.

Pero la crisis política de los años 70 y la implementación del terror de Estado generaron una torsión en el ejercicio del delito profesional urbanense: de las cuatro bandas más reconocidas, dos se disolvieron por la huida o muerte de sus miembros; mientras que la mayoría de las restantes se reconvirtieron en actividades legales como capataces de obras, contratistas, choferes de colectivos, etc. Muchos, incluso, indujeron a sus hijos, a ingresar en la fuerza policial a partir de sus antiguos contactos. Muy pocos se atrevieron a continuar su actividad por temor a ser confundidos con militantes de las organizaciones clandestinas; y de ser tipificados como “subversivos”. Las únicas posibilidades residuales que ofrecía el mundo de la “mala vida” eran el juego clandestino y el ejercicio de la prostitución; pero como esos oficios ya eran desempeñados en la zona por antiguos “capitalistas” -que, en líneas generales, no fueron afectados por el terror estatal- estas opciones quedaron restringidas a una minoría de “malandras” resignados a quedar bajo la órbita de los jefes

consolidados. La mayoría no lo hizo debido al daño a su reputación que significaba rebajarse de jefe a subordinado; máxime en actividades que desconocían.

En Villa Urbana, hasta los años 80, la quiniela estaba manejada por un “capitalista” del centro de la ciudad; un inmigrante polaco que se las había ingeniado para sobrevivir a los sucesivos gobiernos municipales desde los años 50. Este disponía de una red de agentes en los distintos barrios vinculados a los punteros políticos, en los esporádicos tiempos democráticos; y a la policía bonaerense, siempre. Cuando alguno de estos emisarios caía preso por no poder o no querer pagar su “cuota”, éste lo rescataba de las comisarías merced a sus contactos con los “oficiales de calle”; o con funcionarios municipales. El mismo fenómeno se observaba en la prostitución nocturna manejada por dos ex “malandras” reconvertidos; y practicada en esquinas específicas de Ibarzabal y Talleres, por donde circulaban camiones cuyos choferes constituían la mayor parte de su clientela.

La progresiva apertura desde principios de los 80 generó nuevos márgenes para las actividades ilegales; pero estas experimentaron transformaciones culturales análogas a las de las ocupaciones legales. El trabajo estable de tiempo completo, bajo el que subyacía la idea de “carrera” –entendiendo por ello a una trayectoria dominante que excluya a otras opciones-, se fue tornando una experiencia cada vez más rara. Al respecto, señala Gabriel Kessler que “cuando el horizonte de una carrera laboral cae...la posibilidad de articular...formas de acceso a recursos legales e ilegales...se abre como posibilidad”.² Así, la nueva generación de jóvenes debió afrontar una experiencia de pasajes cortos por ocupaciones diversas que no calificaban un oficio. La crisis simultánea de las estructuras familiares, la juvenilización cultural –que no fue un fenómeno neutro en los nuevos caracteres del mercado laboral-, y las rupturas generacionales –ahora también extendidas a los sectores populares- cortocircuitaron el rol formativo de los espacios de trabajo para los excluidos de la educación secundaria y terciaria. Se fue configurando una cultura en la que la eventual falta de trabajo habilitaba al delito aficionado; alternando unas y otras actividades para la obtención de recursos. La descalificación correlativa de los trabajos legales también se expandió a los ilegales incrementándose el delito “al voleo”, poco especializado, practicado por jóvenes inexpertos que emprendían este pasaje de una a otra actividad con una alta carga emocional vinculada al impacto de la expansión de la cultura massmediática, y de las formas de sociabilidad de la nueva cultura de la noche.

Aun así, algunos jóvenes –casi siempre asesorados por viejos “chorros” parientes o vecinos- decidieron esbozar algunas líneas de profesionalización. Tales fueron los casos de las dos nuevas bandas que surgieron en Villa Diamante: la de “Macoco” Roldán y la del “Mencho” Guzmán. Concentrando nuestra atención en el primero –luego también lo haremos tangencialmente respecto del segundo- tras la etapa de los “escruches” en Valentín Alsina, Macoco aprendió de su tío, “chorro de caño” retirado, a efectuar, en la misma zona, el robo de automóviles que, luego, eran desarmados en talleres ubicados sobre Avenida Talleres y sus calles aledañas. La banda por él encabezada estaba integrada por cinco “malandras”; dos de los cuales eran parientes- un hermano menor y un primo segundo- con lo que su actividad también constituían un aporte a los ingresos de su vasta red familiar. Los lazos con la política alsinense, por su parte, se los ofrecía su amigo Samuel quien se encargaba de “manejar” los papeles o la documentación de los vehículos robados a cambio de una módica contribución para financiar su actividad deportiva. Al

² Kessler, Gabriel; Sociología del delito amateur. Buenos Aires. Ed. Paidós, 2005.

compás de los éxitos primigenios, las acciones comenzaron a suscitar una mayor coordinación y planificación.

La nueva profesionalización

Estas bandas expresaban una ruptura y una continuidad respecto de sus antecesoras: estaban constituidas por gente mucho más joven, de entre quince y veinticinco años; pero también pretendían consolidarse y perdurar en el tiempo recuperando la vieja respetabilidad. Pero para ello debían restablecer vínculos con la Policía Bonaerense; otro de los legados pedagógicos de la generación anterior. Hacia 1983, las nuevas bandas alcanzaron tal densidad que las obligo a redefinir los antiguos códigos de interacción con la policía. Las más profesionales, por regla general, se respetaban entre sí; privándose de incursionar ni en los territorios ni en los rubros de las demás. Así, por ejemplo, una regla tácita estipulaba que solo podía haber una sola especializada por barrio; con su zona de influencia sólidamente establecida y acordada para evitar roces recíprocos. Estas normas eran garantizadas por el complejo laberinto de relaciones interfamiliares; pero, fundamentalmente, por los mediadores policiales. Cada banda, asimismo, tenía sus respectivos agentes –“buchones”- que le transmitían información a la policía a través de los oficiales denominados “jefes de calle”. Las relaciones de las bandas y entre sus líderes, no dejaban de estar tensadas por una subyacente desconfianza recíproca que se actualizaba cuando fracasaba un atraco; o cuando algunos miembros eran capturados; desatándose guerras en las que podían llegar a exterminarse mutuamente; pero estas eran poco frecuentes.

El efecto de demostración del éxito de las nuevas organizaciones condujo a muchas barritas de adolescentes inexpertos a intentar suerte sin el asesoramiento de los viejos “chorros” ni el permiso de los nuevos. Su déficit pedagógico –solo resuelto por su tránsito por los institutos penales de detención- los conducía a transgredir los códigos asaltando a sus propios vecinos. Pero ello le ofrecía a los jefes la oportunidad de estrechar vínculos con el “oficial de calle” para combatir a los advenedizos; entregándolos como “prenda de negociación”. Los “jefes de calle”, asimismo, nombraban a sus “embajadores” ante las bandas que a través de sus “buchones” obtenían información acerca de los movimientos de los vecinos aficionados. El lugar por antonomasia de los contactos eran los boliches bailables. El delito suburbano volvió entonces a adquirir su estratificación clásica de “malandras”; y “cachivaches” –también denominados “perejiles”- ; esto es, “amateurs” cuya supervivencia estaba supeditada a su subordinación respecto de los “porongas” de las bandas oficiales. La policía negociaba la entrega de estos últimos para tornar previsible su actividad en la jurisdicción; en contrapartida “hacia la vista gorda” frente a los movimientos de entrada y salida de bienes robados en otros barrios. Los “embajadores” policiales, por su parte, informaban anticipadamente a los “buchones” las fechas en las que eran probables las “razzias”, de manera de que los “malandras” desaparecieran con su botín ante la eventualidad de caer en manos de oficiales honestos ajenos a la trama. Esta concupiscencia también registraba antecedentes más remotos.

Históricamente, la insuficiencia del presupuesto oficial obligaba a las comisarías a procurar fondos complementarios mediante los aportes de los vecinos más activos. Surgieron así las cooperadoras policiales que, apelando a la solidaridad de moradores, comerciantes, industriales, etc., recaudaban recursos para el arreglo de los destacamentos, su eventual ampliación, y la compra de elementos de oficina. Desde hacia décadas, a estos

fondos se les sumaron los recaudados por los “Jefes de Calle” en los “comercios ilegales” como la prostitución y el juego clandestino. Pero a partir de 1983, al legalizarse progresivamente el negocio de las quinielas, y al flexibilizarse los controles sobre la prostitución -permitiendo a un número creciente de mujeres y travestís sortear el dominio de sus “regentes” trabajando por su propia cuenta- los “capitalistas” de ambas actividades debieron reconvertirse hacia otras más rentables favorecidas por la coyuntura política: los “boliches bailables”, y los desarmaderos de automóviles. Hemos ahí, entonces, el enlace entre los sobrevivientes del viejo delito y los del nuevo.

Los aportes de los nuevos empresarios nocturnos –casi siempre “viejos conocidos” de las actividades marginales- y de los talleres desguazadores de coches compensaron con creces a la Policía de la merma de la recaudación procedente de sus ocupaciones primigenias. Asimismo, por ser los boliches centros neurálgicos de reunión de las bandas, se convirtieron en espacios privilegiados para intercambios de in formación entre los “jefes de calle” o sus agentes, y los emisarios de los nuevos “capitos” en vías de profesionalizarse. Gradual e imperceptiblemente, esta concupiscencia se fue convirtiendo en una asociación. Así, en el curso de los años 80 – y hasta la segunda mitad de los 90-se configuró una gigantesca maquinaria por cuyos vericuetos circulaba el dinero procedente de la creciente recaudación policial. El papel de los “jefes de calle” y de los comisarios en las zonas más pobres y de mayor densidad demográfica, se tornó, entonces, crucial para el funcionamiento de una institución agobiada por las restricciones financieras del Estado provincial. El problema se habría de agravar, como se verá más adelante, desde mediados de los 80 a raíz de la aparición de un nuevo y acechante actor en el mundo del delito: las mafias distribuidoras de drogas y estupefacientes.

LA NUEVA POLITICA DEMOCRATICA

La disolución de la “comunidad organizada” y la nueva política “territorial”

Ni la proliferación de nuevas bandas, ni la corrupción policial eran ajenas a la nueva política democrática. Los años 80 comenzaron con la evaporación y el repliegue del Estado en vastas regiones del territorio urbano no solo en términos de política de seguridad sino también de las antiguas funciones sociales consagradas desde los años 40 por el peronismo en el marco de la denominada “comunidad organizada”. Su deterioro comenzó, paradójicamente, a partir del fracaso del gobierno peronista derrocado en 1976. Luego; el terrorismo de Estado, la crisis del modelo de acumulación proteccionista y del régimen distributivo a el asociado; y el consiguiente derrumbe del poder económico y numérico de muchos sindicatos condujeron a la crisis del mundo del trabajo como sede de vínculos de pertenencia estables. Así, ya desde mediados de los años 70, irrumpieron en los sectores populares urbanos niveles de empleo informal, de inestabilidad laboral, y de terciarización que lanzaron a un considerable segmento de familias desde la pertenencia a la “comunidad organizada” al indefinido espacio de la “pobreza”. La derrota electoral del justicialismo en 1983 ocultaba la crisis irreversible de un sindicalismo reducido; encerrado sobre si mismo; y acusado de pasividad, cuando no de colaboracionismo, con la dictadura.

Los jóvenes expresaron pioneramente los primeros síntomas culturales de la descolectivización; y fueron el segmento más permeable a la sustitución de la socialización populista, con eje en los sindicatos y en el Estado, por la efectuada desde los medios masivos de comunicación. Las nuevas identidades estéticas, desde principios de los 80; y la

simultánea avidez consumista suscitada por la cultura de la noche son evocativas de estas torciones. La creciente incompetencia estatal en la provisión de bienes y servicios -que hasta poco antes habían vehiculizado la incorporación de pobres y desamparados en el circuito social- asociada con el recuerdo lacerante del despotismo militar fue propagando en las masas la desconfianza en la capacidad del Estado de recomponer sus funciones históricas. El déficit habitacional generado por la crisis y agravado por la erradicación de villas miserias en la Capital Federal -cuya población terminó concentrándose en el Gran Buenos Aires- motivo, por su parte, ya desde el declive del régimen militar, el fenómeno de las ocupaciones compulsivas de tierras deshabitadas, públicas o privadas, comenzadas en varios distritos del sur del Conurbano bonaerense. En la lucha por tierras y servicios básicos los barrios se convirtieron, por primera vez desde los años 40, en un espacio de acción, organización, e interacción de los sectores marginados. Sus redes familiares y vecinales confluyeron en la conformación de asociaciones orientadas a múltiples actividades nuevas: desde la asistencia alimentaria hasta ayudas sociales más específicas en materia de salud, protección a la infancia, y servicios paraeducativos.

El repliegue del Estado también generó en vastas regiones del territorio urbano la emergencia de pequeños poderes territoriales frecuentemente encarnados en la figura de las bandas cuyos vínculos con la policía, primero; y la política, después, habrían de reemplazar, mediante el juego de actividades legales e ilegales, muchas de las funciones hasta ese momento desempeñadas por la burocracia estatal y por los sindicatos. De su seno habría de surgir una nueva generación de militantes de base más sensibles a los avatares de la decolectivización que, en no pocos casos, no eran sino los propios jefes de las bandas; o bien activistas políticos o religiosos de su misma edad emparentados entre sí, o vinculados por complejos entramados inter vecinales y familiares. Estos fenómenos fueron advertidos, ni bien se inauguró la nueva democracia, por la dirigencia política; sobre todo, en el nivel de las administraciones municipales más cercanas a los problemas de la cotidianeidad barrial. Desde sus espacios de autoridad, la dirigencia peronista debió ajustar sus políticas públicas a la nueva y compleja dinámica de las organizaciones de los sectores empobrecidos. Conjugaban así, en el ejercicio de la vida cotidiana, funciones de protección, control y subordinación en las que articulaban elementos residuales de la tradición populista con las actividades lícitas e ilícitas del nuevo mundo de la marginalidad. Las bandas adquirieron, entonces, un valor indispensable para las nuevas formas de hacer política.

El eje Villa Diamante-Villa Urbana fue un escenario privilegiado de tomas territoriales. En los nuevos asentamientos, las bandas dedicadas al delito encontraron un ámbito de despliegue propicio para la perpetración de sus actividades a instancias del renovado sistema de convivencia con la policía; pero también con las necesidades de la nueva política territorial. Las propias ocupaciones -que desde 1981 respondían a movilizaciones más o menos espontáneas de la sociedad- se convirtieron en una nueva oportunidad de lucros compartidos. Macoco Roldán bien lo advirtió cuando añadió al robo de automotores el negocio de la toma de tierras en combinación con políticos peronistas alsinenses de segunda y tercera línea ávidos del apoyo de bandas con sus respectivos “porongas” como “militantes de choque”. Estas resultaban indispensables para la disputa de espacios estratégicos en los actos de campaña de manera de ostentar ante los jefes nutridas multitudes -traducibles, luego, en clientelas electorales- y mejorar su posicionamiento en el reparto de cargos electivos o burocráticos en la administración municipal.

FUTBOL, POLÍTICA, Y DELITO

Los nuevos rubros del delito urbano profesional: la venta ilegal de tierras y la “piratería del asfalto”

Macoco fue contactado por el puntero histórico de Villa Diamante desde los años 70, Alfredo “Pacha” Cobas, quien, asimismo, lo puso bajo la orbita de la Agrupación “Cholo Conducción”, en donde volvió a confluír con Samuel “El Pampa” González. No esta claro si actuó por iniciativa propia, o por inducción de sus mandatarios políticos; pero lo cierto es que hacia junio de 1984 organizo la toma de una vasta extensión localizada entre la zona rural lindante con su barrio de Villa Diamante y la ribera del Riachuelo. Siguiendo la logística habitual de las ocupaciones, agrupo a los miembros de su red vecinal y familiar garantizándoles un predio valuado módicamente. Localizó, a continuación, en un núcleo central a varios “puntas de lanza” de sus familias mas próximas debidamente protegidos por sus “poronga”. Luego, los demás vecinos procedieron a radicar sus carpas en el sitio en donde luego construirían sus precarias viviendas. Detrás de ellos, por último, no tardaron en afirmarse los referentes de distintas bandas de “malandras” de otros barrios que procedían a vender las tierras a sus respectivas clientelas. Si los “porongas” protegían a sus séquitos, estos, asimismo, eran rápidamente disputados por los referentes de las agrupaciones políticas que ofrecían su gestión para la instalación de servicios públicos, la regularización dominial de las tierras, y la “acción social” consistente en la entrega de alimentos, chapas, tirantes, colchones, y medicamentos. Macoco, por su parte, con la aquiescencia de la policía y de Luis Quiroga, se dotó de un territorio propio para la consecución de su negocio ilegal. En contrapartida, se convirtió en un “puntero” al servicio de su mandatario político; a quien le ofrecía, además de una clientela electoral, un ámbito de reclutamiento de nuevos “militantes de choque”. Simultáneamente, Quiroga le encomendó a Samuel Martínez desenvolver, en el nuevo asentamiento “Presidente Perón”, su acción militante y “doctrinaria”, vehiculizada a través del fútbol desde el Club 25 de Mayo. Su asociación con Macoco se torno, entonces, orgánica; sustentándose en sus vínculos con la política distrital.

En el curso de los años siguientes, la banda de Macoco Roldán se amplió considerablemente constituyendo; en el plano ilegal, un núcleo de veinte delincuentes. La información suministrada por vecinos ocupados en almacenes, farmacias, supermercados, y curtiembres sobre los movimientos de dinero y de mercadería de las firmas en donde trabajaban lo habilitó a perpetrar numerosos asaltos exitosos. Buena parte del botín se repartía, luego, entre su clientela en medio de verdaderas fiestas barriales con abundante asado y vino. La banda se doto de un poderoso arsenal de armas pesadas; presumiblemente aportadas por sus contactos policiales, y por personal subalterno de la vecina Fabrica Militar de Valentín Alsina. Antes de proceder a un atraco, debía comunicárselo a Samuel de manera que este alertase a sus contactos políticos para que influyeran sobre la policía para “liberar” la zona en donde se habría de perpetrar el golpe; o activar a los abogados de la Agrupación para rescatarlos de su eventual captura si este fracasaba. De uno o de otro modo, la mayor parte del botín se terminaba repartiendo entre la policía y los políticos; en el caso de estos últimos, como una fuente de recursos para financiar sus campañas.

Su sólido anclaje territorial hacia mediados de los 80 lo indujo a incursionar en otra de las actividades por aquella época en ascenso: la “piratería del asfalto”. En realidad, los asaltos a camiones no eran una novedad para Macoco, Samuel, y otros miembros de sus

bandas como el “Mencho” Guzmán. Entre los tiempos preliminares del “escruche” en Valentín Alsina y la profesionalización en el robo de autos, en más de una oportunidad, los tres habían tentado suerte atracando transportes que llevaban mercadería para el abastecimiento de un gran supermercado localizado también en las proximidades del Hospital Evita. Al tanto de los horarios de tránsito a través de sus allegados que allí trabajaban, interceptaban a los transportes en diferentes lugares de su trayecto; obligando a sus conductores a desviarse hacia los barrios de Villa Diamante y de Villa Urbana en donde los desvalijaban. Si llevaban alimentos, estos eran inmediatamente repartidos entre sus vecinos “amigos”; los electrodomésticos, en cambio, eran vendidos a comerciantes ambulantes que, montados en sus chatas, recorrían los barrios ofreciendo e intercambiando productos usados y nuevos. De todos modos, el hecho de no contar con el dominio “político” del territorio tornó al negocio demasiado riesgoso; con lo que fue abandonado y reemplazado por el más seguro del robo de autos. Pero las cosas habían cambiado desde la ocupación del barrio Presidente Perón: desde entonces contaban con autos, motos, toda una compleja y jerarquizada red de vecinos subordinados; y, por sobre todas las cosas, con la posibilidad de negociar con la policía “desde arriba” -es decir, desde el poder político- una “zona liberada”. El “Mencho” y Macoco, coordinados por Samuel desde su base operativa se asociaron; redimensionando y diversificando su actividad hacia la “piratería del asfalto”. Decimos que “redimensionaron” porque no abandonaron del todo el robo de autos y el asalto a comercios; delegándolos en otras bandas emergentes de menor envergadura. Establecieron con estas una alianza estratégica: la banda mayor, a cambio de cederles el mercado, les cobraban una suerte de derecho de admisión para conducir los vehículos robados a los desarmaderos controlados por Macoco; participando en los beneficios de la “zona liberada” y del soporte de sus contactos políticos y policiales. También debían estar disponibles para auxiliarlos en alguna operación de la nueva especialidad mediante el aporte de coches y mano de obra; y de recursos y gente para las movilizaciones e internas políticas de la Agrupación. Mientras tanto, la “organización madre” se concentraba en el nuevo negocio “de punta”.

Pero los costosos avales políticos y policiales del nuevo negocio demandaron una organización mucho más compleja. El viejo sistema “amateur” de reparto de botines entre los vecinos -factor que los tornaba, a su vez, tan preciados por las agrupaciones políticas que resignificaban ideológicamente la operatoria como “política social”- debió ser reemplazada por la mucho más rentable y necesaria venta de productos específicos a toda una red de compradores interesados en su comercialización. Se trataba, en su gran mayoría, de minoristas de los núcleos comerciales de Villa Urbana o de los distintos barrios periféricos de Alsina cuya demanda variaba según la época: hacia fin de año, por ejemplo, los dueños de mercaditos se ponían en contacto con Macoco para solicitarles bebidas; en las proximidades del “Día del Niño”, los de las jugueterías o de artículos afines, le solicitaban juguetes que también servían para abastecer a los festejos patrocinados en los barrios por los punteros de las distintas agrupaciones; en este caso, Samuel y el Club 25 de Mayo en representación de “Cholo Conducción”.

La organización debió emprender tareas de inteligencia cada vez más complejas en la que articulaban a las distintas bandas asociadas: un grupo estudiaba el recorrido de los camiones, los horarios y sus rutinas; datos que generalmente los aportaban los empleados de la empresa allegados a alguna de las bandas; otro analizaba la geografía y el estado de las calles a los efectos de estipular las zonas en las que los camiones disminuían la velocidad para ser asaltados. Los atracos, por último, los hacían miembros de la banda

encabezados por Macoco quienes procedían a cruzar delante de los camiones generalmente dos vehículos. Luego de comprobar que la mercadería que transportaban era la esperada procedían al secuestro del camión, conduciéndolo al lugar de entrega de los productos; casi siempre depósitos cercanos propiedad de los comerciantes o de sus allegados. El vehículo era llevado a una tercera zona; y el chofer, maniatado y con los ojos vendados, a otra para demorar la acción policial. Así, el negocio concatenaba a varios subgrupos; cada uno con tareas específicas; dedicadas a sus actividades respectivas; aunque debían reportarlas ante Macoco y Samuel para obtener -a cambio de los citados aportes- autorización y cobertura. Salvo sus jefes, la mayoría de los integrantes de estos grupos no se conocían entre sí; de manera que si una célula caía no afectaba necesariamente a las demás. La Agrupación, por último, aportaba profesionales que asesoraban sobre la distribución y el enmascaramiento de la mercadería; e intervenían ante el eventual fracaso de las operaciones y la detención de sus actores poniéndose en contacto con la policía para atenuar pruebas. A los pocos meses, la nueva actividad fue un éxito tan resonante que la banda de Macoco paso a convertirse en una pieza fundamental del armado político quiroguista de Villa Diamante. Pero, simultáneamente, irrumpió en la zona el nuevo negocio del tráfico de drogas. Estas, en verdad, estaban presentes entre los jóvenes del barrio ya desde los tiempos de las noches bolicheras a principio de los 80; pero en el curso de los años siguientes, el tráfico no hizo más que expandirse en toda la zona. Dicha propagación, como se vera mas adelante, habría de determinar la decadencia y final disolución de la banda. Volvamos ahora a la descripción de otros aspectos interesantes de su acción en la cotidianeidad barrial del eje Presidente Perón-Villa Diamante; sobre todo en el primero, en donde Macoco se erigía como jefe absoluto.

Durante los años 80, su éxito profesional y sus antecedentes como “militante social” lo convirtieron en un temible pero también respetado y hasta apreciado referente barrial. Las tareas de policía nocturna de su barrio, de hecho, lo protegían de la acción de las cada vez más molestas barras de “barderós”; adolescentes vinculados a los pequeños robos aficionados dentro y fuera de la villa. Algunas madres desesperadas por el “descontrol” de sus hijos –sobre todo cuando por diversas circunstancias faltaba el padre o una autoridad familiar rectora- recurrían a Macoco para que los “disciplinara”; y en lo posible “los pusiera a trabajar” para el. Así, su red de protección se extendió a todo el barrio merced a la obtención desde el Club 25 de Mayo de materiales de construcción, alimentos, medicamentos, etc. Macoco monto incluso una verdadera escuela en donde el y sus subordinados enseñaban a los jóvenes comportamientos, actitudes, derechos, obligaciones y sanciones; y el aprendizaje del uso de armas; metodologías de intimidación; etc. Los desvíos o deserciones eran castigados con diversas sanciones que iban desde las clásicas vejaciones corporales al involucrado y a los miembros de sus respectivas familias, hasta la lisa y llana ejecución en casos extremos de delación. En un terreno al lado de su vivienda, Macoco instalo un precario polígono de tiro en donde adiestraba personalmente a los aspirantes a ingresar en su banda, o en aquellas a él asociadas. Las incumbencias de su autoridad también se extendían a los asuntos espirituales: en Presidente Perón tenían el acceso prohibido las comunidades evangélicas -por aquellos años, en franca proliferación- en nombre de su catolicismo devoto de la Virgen de Lujan. Este, sin embargo, no era incompatible con otras creencias como la umbanda; al punto que tanto el como sus tres principales lugartenientes, consultaban antes de cometer un atraco a un “pay” cuyos pronósticos resultaban tan indispensables que llegaron a motivar la suspensión de operaciones cuando sus cartas advertían peligros. Presidente Perón pasó a ser identificado,

entonces, como “el barrio de Macoco”; en donde él y sus “poronga” controlaban todos los escenarios de la vida cotidiana convirtiendo a la villa en un espacio semicerrado. El Estado había transferido allí muchas de sus funciones a la banda y a la organización política que la sustentaba.

EL TRASVASAMIENTO PACEÑO: LA IRRUPCIÓN DEL NARCOTRÁFICO Y LOS NUEVOS REQUERIMIENTOS DE LA POLÍTICA TERRITORIAL

El “disciplinamiento” del fútbol amateur

Mientras tanto, Samuel encontró en el nuevo barrio Presidente Perón una fuente de nuevos jugadores de fútbol amateur. La ampliación de sus horizontes le permitió albergar la ilusión de estar aproximándose a la final consecución de su proyecto social y deportivo. Desde su club, se rodeó de un núcleo de colaboradores estrechos quienes lo ayudaron a diseñar una liga de equipos barriales y la realización de una densa red de campeonatos asociados con los jefes de los otros clubes de Diamante y de Villa Urbana. Entre ellos, se encontraba el “Mencho” Guzmán, jefe de la otra banda de delincuentes profesionales de la zona, ya por entonces, asociado con Macoco. Uno de los problemas que se propuso atacar con urgencia era el de la violencia congénita que caracterizaba al fútbol de potrero; y que si bien expresaba el aspecto folklórico más arraigado en la sociabilidad de miles de jóvenes, entorpecía su pretensión de organizar campeonatos más complejos y extensos. Los jefes de los demás clubes, sin embargo, consideraban a esta cuestión como inevitable: fútbol equivalía a distracción; y distracción significaba “jugar” con los cuerpos y con su fuerza. Eran dos caras de una misma moneda. Pero para Samuel quedarse en ese diagnóstico significaba resignarse a ser un referente más de los tantos pequeños clubes de la zona. A lo sumo, podría aspirar a mejorar sus instalaciones, y tornar más respetable su infraestructura. Pero su proyecto era otro: el gran Club Social y Deportivo de Villa Urbana debía convertirse en un club nacional, y competir en los campeonatos de la AFA. Era necesario, entonces, realizar un trabajo de reeducación, menos de los jóvenes aficionados que de sus hinchadas procedentes de sus respectivas bandas. Su jefe, Luis Quiroga, lo puso en contacto con el Secretario de Deportes municipal, Carlos Leguizamón, quien le dio toda una serie de instrucciones. Luego, reunió a los delegados de los sesenta equipos que participaban en los campeonatos instándolos a colaborar en su nuevo cometido. Había que establecer nuevos códigos, para lo que se requería una especificación de las trasgresiones y la imposición de un riguroso sistema de sanciones consistente en suspensiones de jugadores y de equipos enteros. A la consigna “atención y movilización” de la militancia secundaria durante la Dictadura sumaba ahora, por prescripción de Leguizamón, “orden y disciplina”.

El problema era como hacerla cumplir: no podía recurrirse a la policía porque significaba ponerse a todos los jóvenes en contra. Entonces ideó un sistema de seguridad privado: le encomendó a Macoco efectuar los controles a través de sus “poronga” armados en diferentes lugares estratégicos de las canchas. Luego, impartió a los jugadores la directiva de llevar a la cancha a sus madres, novias, esposas, hermanas, y eventuales hijas, de manera de convertir a los partidos en fiestas familiares. Así, en pocos meses, logró cambiarle la cara al fútbol del eje Diamante-Urbana; inculcando, asimismo, la metodología de los “campeonatos por puntos”. La violencia espontánea y folklórica, si bien no desapareció, se atenuó ostensiblemente; con lo que su organización pudo extenderse y tornarse más compleja. “Jerarquía, respeto y devoción” terminaron redondeando los nuevos

valores prescriptos desde el municipio para guiar a los equipos. Sus contactos interbarriales se afianzaron; y hacia 1986, llegó a organizar una liga de ciento sesenta y cinco equipos, distribuidos entre cinco divisiones. Los fines de semana Samuel aglutinaba en las canchas del Campito Santo –además de las de Villa Diamante- casi dos mil jugadores que, asimismo, congregaban a otros varios miles de personas. La recaudación se elevó sideralmente; haciendo posible no solo rentar a los árbitros sino también tornar atractivos los campeonatos merced a los jugosos premios en dinero que se les pagaba a los equipos ganadores.

Pero ocurrió que, para entonces, la Agrupación le terminó pidiendo –como le venía ocurriendo a Macoco- mucho más de lo que le ofrecía. Si osaba independizarse, el club habría de sufrir un tremendo boicot; pero si dejaba las cosas como estaban, a la larga, su papel habría de reducirse al de un simple cajero al servicio del peronismo alsinense. Su capacidad; además del inmenso prestigio que construyó a lo largo de esos cuatro febriles años, sin embargo, le habrían de permitir ofrecer su imponente estructura futbolística a otros referentes políticos; esta vez, a los de La Paz. Subrepticamente estrechó vínculos con Luis Foster de la Subagrupación “Fé Justicialista” que respondía a la Agrupación “Evita Eterna”, a las ordenes del diputado nacional Juan Carlos Tavares; uno de los principales hombres del ex intendente y, por entonces, también diputado nacional Eduardo Recalde. En 1988, finalmente, renunció a la dirección del Club 25 de Mayo; blanqueando su nueva lealtad. Eso no fue óbice para que siguiera organizando los campeonatos bajo el paraguas institucional de Central Sur, 25 de Mayo, Banderas Unidas y Tres Estrellas. Foster lo nombro director de Deportes y Turismo de la Agrupación, permitiéndole –a cambio de movilizar gente tanto para la campaña de la interna justicialista de 1988 como para la nacional de 1989- gestionar nuevos aportes de la política tales como el apoyo para la organización de campeonatos de handball y de volley masculinos y femeninos. Procuraba, así, ampliar sus perspectivas deportivas; yendo mucho más allá del fútbol de potrero. La Municipalidad de La Paz, además, asumió un compromiso más activo con los campeonatos y una presencia mayor: algunos fines de semana el propio Secretario de Deportes comunal entregaba los premios y trofeos en persona. La promesa de apoyarlo en la construcción de un gran club le devolvió las esperanzas sobre la final consecución de su sueño.

Samuel sabía, sin embargo, que no habría de poder pisar fuerte en la estructura del peronismo paceño sin una retaguardia armada, y sin una base de sustentación territorial. Su poder barrial adolecía de esas dos precariedades congénitas. Su origen alsinense determinó que sus nuevos mandatarios le exigieran un disciplinamiento más riguroso; pendiendo sobre su cabeza la permanente “espada de Damocles” de la acusación de alsinense. Pero su situación era aun más comprometida en el marco de las relaciones horizontales con los consolidados poderes barriales de Nueva Urbana: su tolerancia allí estaba supeditada a su encuadramiento con la cabeza del poder municipal. La otra debilidad procedía de la endeblez de su clientela política: sus “protegidos” estaban distribuidos en cantidades variables entre Villa Urbana y Villa Diamante; quienes, asimismo, respondían también a los favores de otros referentes. Su capacidad de movilización, entonces, se topaba con el límite impuesto por su debilidad territorial, que no se podía resolver mediante ocupaciones de tierras del Campo Santo: éstas ya estaban interdictas por un poder municipal que tanto había lucrado con ellas en la década anterior. Mas que nunca, entonces, las posibilidades de seguir “arrancándole cosas” a sus nuevos jefes para la consecución de su proyecto deportivo dependía de la fuerza de su núcleo de choque; esto es, de la banda de Macoco.

Pero hasta 1987, su falange armada, se empezó a descontrolar por la creciente afición al consumo de estupefacientes.

La irrupción del tráfico de drogas y la declinación de la banda de Macoco

En su barrio, Presidente Perón, Macoco dejó de ser percibido como un héroe fundacional, benefactor, y protector para transformarse en un personaje temible, aun para sus más allegados. Como ya se lo señalara, el contacto de Macoco, Samuel y los demás “poronga” con la droga se remontaba a los tiempos de la incipiente vida nocturna en las postrimerías de la Dictadura cuando, al compás de la difusión de las nuevas estéticas musicales, se fue extendiendo el consumo de la marihuana, hasta entonces circunscrito a las clases medias. A medida que las dimensiones, la estructura y organización de la banda se fueron tornando más complejas, las drogas se convirtieron en un insumo indispensable tanto para él como para su “tropa”. A la marihuana se le sumaron progresivamente otros estupefacientes resultantes de la combinación de distintos y sucesivos medicamentos legales consumidos por vía oral o endovenosa.

La cocaína también se difundió incipientemente durante aquellos años; aunque aun limitada al consumo de los “capos” debido a sus elevados precios. En Villa Diamante, el vendedor minorista oficial contaba con la relativa inmunidad que le garantizaba “desde arriba” por el jefe territorial de la Agrupación. Samuel, ya desvinculado del peronismo de Alsina, le advirtió a Macoco sobre la necesidad de tolerar al nuevo referente; pero este fue mas lejos, asociándose con él en Presidente Perón. Esta actitud incomodo a Samuel debido a que su encuadramiento con los paceños exigía que Macoco privilegiara sus contactos de toda índole con ese distrito; pero su radicación en Alsina; y, por lo tanto, sus contactos con “Cholo Conducción” le resultaban ineludibles. El sector de Presidente Perón en donde residía -que ya de por si era una suerte de ciudadela custodiada por sus “porongas” en donde se practicaba desde “tiro al blanco” hasta el cultivo de “cannabis”- ahora también pasaba a convertirse en una boca de expendio de la temible “merca”. Por las noches, decenas de coches ingresaban por Avenida Talleres desde la ribera; sin el peligro de ser atacados por grupos dedicados al robo de coches, para efectivizar su compra.

El dominio del mercado de la marihuana y de los estupefacientes farmacológicos lo aproximaban, asimismo, a nuevos contingentes de jóvenes de los barrios aledaños; algunos de los cuales la revendían entre sus vecinos. Los conflictos se generaban cuando estas operaciones le disputaban el mercado a otros expendedores minoristas “oficiales”; produciéndose situaciones de difícil resolución cuyo saldo podía llegar a arrojar varias victimas fatales. Estas disputas, generalmente, eran zanjadas mediante la intervención directa de los “dealers” en procura del cada vez más difícil disciplinamiento de sus respectivas “tropas”. Pero el consumo y sus incidencias le generaron a los jefes el problema de la ruptura del código de no drogarse al momento de cometer un delito; convirtiendo a los estupefacientes en un arma de doble filo.

En todos los casos, la cuestión de la droga involucro a un número lo suficientemente importante de gente como para convertirse en un nuevo factor de movilización política. Ya hacia fines de los 80 era un elemento central para la organización de actos o de elecciones internas. Asimismo, como en los casos de la “piratería del asfalto” o del robo de automotores, sus abultados ingresos se distribuían en un complejo circuito que involucraba a la policía y a la política. La participación marginal de los traficantes en sus beneficios fue uno de los factores de sus recurrentes rupturas con la denominada “estructura” que no

tardaba en reemplazar a los díscolos entregándolos como “prenda sacrificial” para exhibir ante los medios exitosas operaciones en contra del narcotráfico.

Las nuevas exigencias de la política territorial paceño

La base territorial alsinense de Macoco; su compromiso con un tráfico de drogas digitado desde Alsina; y su descontrol, complicaban su sociedad con Samuel. Pero sin Macoco Samuel no podía consolidar su política de “encuadramiento civilizado” del fútbol -común denominador de los requerimientos de los peronismos municipales- ni tampoco ser respetado por los poderes barriales urbanenses. Un eventual compromiso mas explicito de Macoco con los paceños podía llegar a costarle, sin embargo, su territorialidad sobre Presidente Perón que rápidamente le habría de ser demandada por el quiroguismo. Aun así, la lealtad de Macoco le resultaba crucial; tanto para su ascenso, como para la consecución de su proyecto. La cuestión finalmente se definió hacia fines de 1989, ya con el justicialismo instalado en el gobierno nacional. Luego de las movilizaciones suscitadas por la espiral hiperinflacionaria, los diferentes referentes políticos paceños empezaron a tomar posiciones en su carrera por disputarse el poder municipal en los comicios de 1991. Uno de los candidatos con mayores posibilidades de heredar al desprestigiado odontólogo Raul Medina era el diputado Juan Carlos Tavares. Pero este debía afianzar sus bases territoriales en todo el partido; particularmente en el crucial Cuartel IX cuyo dominio, por obvias razones demográficas, habrían de definir el resultado de la disputa. El tavarismo, por caso, era muy débil en la localidad de Ministro Brin; debido a la presencia de un referente muy con solidado que le era tradicionalmente adverso, y que les había impedido a los referentes de su agrupación hacer pie en sus barrios. El mas importante de estos últimos era Villa Aurelia, precisamente en donde residía “Fiera”, puntero territorial, y jefe de una poderosa banda que se reportaba ante la agrupación “Patria Soberana” de Osvaldo Arturi. Solo una situación de fuerza podía modificar un “statu quo” que tornaba problemáticas las perspectivas electorales de Tavares. El diputado, vía Foster, empezó entonces a tantear a Samuel sobre la posibilidad de instrumentar a su falange alsinense en contra de Fiera; operación de alto riesgo y de imprevisibles resultados. Una vez más, la decisión de Macoco resultaba crucial; para lo cual era necesario compensarlo con creces de los ya decrecientes beneficios de sus actividades delictivas en Alsina. Los tavaristas les ofrecían a ambos tierras -todavía, el principal insumo político- ni bien su jefe accediera a la intendencia, localizadas en el Campo Santo de Nueva Urbana. Finalmente se logro un acuerdo: entre el año que mediaba entre un eventual operativo exitoso en Fretes y la elección de Tavares, Macoco y sus secuaces habrían de recibir “recursos sustitutos” de los que, con toda seguridad, habrían de perder, a raíz de su inexorable expulsión del aparato quiroguista tales como nuevas “zonas liberadas” para el robo de coches y el asalto a camiones. La final compensación terminaría de sustanciarse a partir de diciembre de 1991 mediante el otorgamiento de una nueva base territorial.

La operación comando sobre Villa Aurelia fue perpetrada por unos cien hombres armados que incursionaron a la medianoche en el barrio en sucesivos contingentes disparando ráfagas de tiros al aire. Su sonoridad aterro a los vecinos que se encerraron en sus viviendas, y paralizó al sorprendido Fiera y a los dispersos miembros de su grupo. Concentrados en la puerta de la casa del jefe, Macoco le ordeno salir con las manos en alto; y que este hiciera lo propio respecto de sus adláteres bajo la amenaza de “reventarle el rancho” y proceder a la aplicación de las sanciones de rigor sobre sus familiares. Fiera

pidió, entonces, a los gritos garantía de integridad para él y para su familia; a lo que Macoco accedió. Exhibió, a continuación, desde una de las ventanas de su casa una bandera blanca en señal de rendición. Salio con las manos en alto y se dirigió directo al encuentro de su vencedor quien le explico las razones de la operación, aunque reafirmando, en tono conciliatorio, la identidad peronista que los unía. Se trenzaron entonces en un caluroso y emocionado abrazo festejado por los seguidores de ambos que se fueron aproximando a los contendientes. Este se comprometió a tolerar la apertura de unidades básicas por parte de los referentes del tavarismo. Arturi, que a la sazón desempeñaba como Diputado Provincial, debió aceptar el hecho consumado y corroborar la apertura de su coto exclusivo a la militancia de su compañero luego de las concluyentes explicaciones de su referente. A este, asimismo, le ordeno dar por terminado el episodio evitando cualquier forma de represalia. Así, la banda de Macoco pasó a convertirse en el principal grupo de choque de la fracción peronista paceño comandada por quien, ya por entonces, era juzgado como candidato natural a ocupar la Intendencia de La Paz. Pero, como era de esperar, sus mandantes alsinense no tardaron en tomar represalias; aunque mucho más sutiles que las esperadas.

Su creciente descontrol a raíz de su creciente afición por el consumo de drogas era ya hacia 1990 un hecho tan indudable como su vuelco hacia el peronismo paceño. El carácter temerario y crecientemente impopular de Macoco entre los vecinos fue la mejor arma que éste le ofreció al peronismo de Alsina a los efectos de su “ejecución” política. Una mañana de mayo de 1990 apareció en el barrio una notoria la periodista televisiva, supuestamente convocada por vecinos aterrados por sus actividades delictivas. Ello conmociono la rutina de Presidente Perón; concitando la presencia de cientos de curiosos procedentes de Villa Diamante y de Nueva Urbana. Sugestivamente, algunos se animaron a denunciar a Macoco y a sus “porongas”; pero, sobre todo, a sus cada vez más temibles “pibes” asimilados a su banda. Uno de ellos, que vivía al lado de donde se ubicaron los móviles televisivos, fue imputado vehementemente por un vecino del “escruche” de su vivienda; a lo que este respondió apuntándolos a él y a la periodista con una pistola de 9 milímetros. Para entonces, la gran movilización vecinal había suscitado la intervención de la comisaría de Villa Diamante que procedió a detener al joven quien pedía a los gritos la presencia de su jefe, que permanecía acuartelado en su domicilio. Las esperables represalias nocturnas fueron impedidas por los efectivos policiales que, durante varios días, montaron guardia en las adyacencias de Presidente Perón. Con el correr de las semanas, la situación se fue estabilizando; pero Samuel le había ordenado no responder a las denuncias vecinales y suspender preventivamente sus operaciones delictivas. Sin embargo, la necesidad de recursos para comprar drogas a su socio lo impulsaron a desacatar esta última directiva. El asalto de un camión que transportaba comestibles que, por obvias razones, no le fue comunicado al Pampa, fue abortado por la policía que procedió a su detención tras un prolongado tiroteo. Así, el quiroguismo ponía fin a su poder territorial en Presidente Perón. Durante más de un año permaneció detenido en el penal de Olmos desde donde, sin embargo, y con la complicidad de varios agentes del servicio penitenciario, siguió manejando los hilos de su organización comandada por su mano derecha; “El Melena” González. Pero, sin su presencia directa, sus seguidores se tornaron aun más peligrosos trabándose frecuentemente en sangrientas grescas internas que sembraban el terror en todo el barrio. De hecho, las bandas menores a él supeditadas se independizaron de la conducción de Gutiérrez; reafirmando su encuadramiento respecto de diferentes referentes del peronismo de Alsina.

El “encuadramiento” de los primeros 90

Sin Macoco, Samuel paso a depender más que nunca del tavarismo; pero al tanto de ello, el poder barrial de Nueva Urbana se puso en guardia. En las “Treinta y Tres Manzanas”, por entonces lideradas por la familia Ibáñez, Samuel era sinónimo de delito. Cuando recurrió a ellos para extender su red al campo deportivo de la Parroquia de Nuestra Señora de Caacupé fue terminantemente rechazado bajo el argumento localista de que Martínez era vecino de Alsina, y no de Villa Urbana. Desde la presidencia de la Sociedad de Fomento, Jorge Ibáñez pergeñaba, por entonces, un proyecto semejante al suyo; adosado a la ya comenzada reurbanización de su barrio en el Campo Santo, la extensión de varias hectáreas en donde habría de erigirse su complejo polideportivo y cultural.

Juan Carlos Tavares fue finalmente electo intendente de La Paz en las elecciones de septiembre de 1991; las mismas que catapultaron a Eduardo Duhalde a la gobernación bonaerense. El poder barrial de Nueva Urbana no tuvo otra opción que “tavarizarse”; aunque, aun así, el nuevo intendente desconfiaba de sus nuevos socios. Distinta, por cierto, era la situación del mas leal del “Indio” Samuel Martínez; mas aun, sin su falange armada. A los efectos de reforzar su influencia en la zona, Tavares pergeño una estrategia de inteligencia que, en el corto plazo, le habría de resultar provechosa; pero que en el mediano se le termino volviendo en contra. Antes de las Fiestas de 1991 habría de tener lugar una reunión cumbre de jefes justicialistas en el balneario Rutasol perteneciente a la UOM a la que habría de asistir el Presidente Carlos Saúl Menem y el flamante Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Eduardo Duhalde. Si bien la puja entre ellos aun transcurría con sordina, Duhalde quería impresionar al Jefe del Estado con su capacidad de movilización de cuadros. Tavares activo entonces a todo el aparato paceño. Foster, jefe inmediato del “Pampa” Samuel, que había sido nombrado al frente de la estratégica Secretaria de Obras Publicas, le ordeno movilizar a su red futbolera, para lo cual convoco a una reunión a la que asistieron los delegados de los diferentes equipos de su liga. A cada uno se le encomendó congregarse entre quince y veinte personas para llevarlos a Rutasol. La convocatoria colmo con creces sus expectativas, superando las mil personas. Su capacidad de movilización asombro al Intendente quien lo cito, al día siguiente, a su despacho para felicitarlo y retribuirlo. Nunca se sintió tan cerca de poder concretar su sueño. Samuel le presento su proyecto prolijamente encarpetaado; solicitándole tierras y equipamiento para montar su nuevo club. Tavares lo apoyo con entusiasmo poniéndolo en contacto inmediato con distintos funcionarios de la plana mayor de su gobierno tales como el Secretario de Tierras y Viviendas; el de Hacienda; y el de Relaciones Institucionales. El de Obras Publica, como ya se lo señalara, era su propio jefe.

El premio fue la entrega de un predio de casi diez hectáreas en el extremo oeste del Campo Santo. Tierras y Viviendas, entonces, le confirió los terrenos; Relaciones Institucionales le dio inmediata personería jurídica a su flamante “Club Patria y Tradición”; y Foster habría de contribuir con una masa importante de fondos a su delimitación y acondicionamiento. Parecía que, ahora si, su proyecto ingresaba en una etapa de concreciones: con todo lo prometido, en unos pocos años habría de poder absorber a los distintos clubes, y configurar una mega institución monumental. Sin embargo, había recibido la orden expresa de circunscribir su base territorial al deporte; renunciando a cualquier emprendimiento inmobiliario de venta o reparto de las diez hectáreas para la instalación de su club. Sin su fuerza de choque, por lo demás, ello habría de resultarle

imposible. Se concentro, entonces, más que nunca en cumplir con los compromisos asumidos por el tavarismo; pero, como había ocurrido con el quiroguismo, su proyecto habría de naufragar en virtud de las urgencias políticas de sus nuevos socios.

REFLEXIONES FINALES

Hemos procurado, a través de esta presentación, abordar algunos aspectos de los vínculos clandestinos entre el delito y la política durante los años 80 en la frontera más marginal de los partidos de Alsina y La Paz. A tales efectos, se analizaron las raíces culturales de la generación de bandas representada por el *tandem* integrado por *El Pampa* Samuel y Raúl *Macoco* en la socialización de niños y jóvenes de la pobreza; su relación con las luchas pre boxísticas y el fútbol; y las simultaneas transformaciones experimentadas por las identidades juveniles en medio del cataclismo de la reestructuración socioeconómica, del auge y declive del régimen militar, y de la transición a la democracia.

La nueva generación de delincuentes emergente en la zona analizada reflejaba los cambios que se estaban operando en el interior de los sectores populares. Las bandas surgidas hacia principios de los 80, en su pretensión de profesionalizarse, tomaron de sus antecesoras –mediante los más diversos vínculos vecinales y familiares de la sociabilidad barrial- muchos de sus códigos y de sus saberes; entre los que se destacaban los contactos con la policía, con otras dependencias estatales, y con la política. La marca de los nuevos tiempos, sin embargo, las alcanzo a raíz de su renovada valoración por la política democrática en el marco de una descentralización que transfería funciones crecientes desde las instancias nacional y provincial hacia la municipal. Mucho influyo en ello el reflujo estatal de sus funciones históricas; pero, en contrapartida, éstas fueron reemplazadas por otras que, en la mayoría de los casos, eran asumidas, directa o indirectamente, por las dirigencias políticas locales mediante un nuevo asistencialismo de contornos clientelares. El uso legítimo de la fuerza y el ejercicio de la justicia también fueron afectados por la compleja trama de intereses que se configuró entre distintos estamentos de las burocracias municipales asociados a las agrupaciones políticas; y entre estas y sectores de la sociedad civil vinculadas a actividades lícitas e ilícitas. Las bandas se inscriben en estas últimas. Su utilidad política devenía de sus diferentes funciones; a saber: como cofinanciadoras de las actividades policial y política; y como falanges privadas de los dirigentes políticos en sus disputas internas por espacios de poder en el cada vez más crucial ámbito de las administraciones municipales como trampolín para carreras en los niveles superiores. A diferencia de Alsina, La Paz ofrecía una gama más amplia de oportunidades por sus recursos y extension más vastos.

En la contienda por el poder territorial de las zonas pauperizadas, el peronismo contó, durante los 80, con ventajas inequívocas respecto de sus peligrosos contrincantes radicales: arraigaba mejor sus practicas en una cultura popular de la que procedían muchos de sus dirigentes -ahora ascendidos merced a la política- que preservaban en los barrios los mas diversos contactos familiares, vecinales, y políticos. Su tradicional “territorialismo” -mas acentuado a raíz del retroceso sindical y estatal- era, por lo demás, de vieja data; sobre todo en los sectores mas postergados. Pero, por sobre todas las cosas, el peronismo se adaptó mas satisfactoriamente que sus rivales a la creciente heterogeneidad de la nueva pobreza debido a que sus diferentes agrupaciones, definían una competencia entre sí que las tornaba en suertes de “micropartidos” abocados a las problemáticas locales según los caracteres específicos de sus demandas. Estas eran legitimadas, potenciadas, y politizadas en nombre

de diferentes imágenes de la trayectoria histórica del Movimiento: desde el fútbol, el fomentismo, la política habitacional en las zonas de ocupaciones reciente; e incluso el propio delito, allí en donde bandas como la de Macoco definían la identidad de toda una comunidad. Los peronismos locales de Alsina y de La Paz -y presumiblemente también del resto del Gran Buenos Aires- entonces no eran sino el producto de laboriosas e inestables coaliciones de facciones locales unidas por un acuerdo básico: el resguardo de sus cotos territoriales respecto de fuerzas de tradición diferente. La amenaza alfonsinista acentuó ese acuerdo; pero la progresiva reconquista justicialista de los poderes provincial y nacional, hacia fines de la década, intensificó sus pujas. Las bandas aportaban la cuota de fuerza indispensable para la disputa de barrios; de espacios en actos e internas; además de una masa no despreciable de recursos para el financiamiento de campañas políticas. Los intercambios clientelares, entonces, encontraban allí un canal clandestino de sostén complementario pero indispensable del procedente de las diferentes dependencias públicas.

El cierre de estas zonas respecto de otras fuerzas políticas, sin embargo, coincidía con otro: el de la dirigencia partidaria en general respecto de las militancias de base. Los dirigentes políticos locales se transformaron, a nivel municipal, en una corporación, que al tiempo de expresar el éxito de su ascenso social obturaba, simultáneamente, el de estos últimos. Ese proceso intensificó lo que hemos dado en denominar “política barrial” que, espejando deformadamente a la partidaria, reproducía formas clientelares cuyos recursos sus líderes administraban discrecionalmente. Ello no dejó de constituir, sin embargo, un nuevo problema para las administraciones municipales: en sus cotos territoriales, los militantes “sociales” – investidos desde el discurso del poder municipal como “políticos barriales”- y las bandas -allí donde encarnaban a estas minorías dirigentes- ganaron una creciente autonomía dada las posibilidades ofrecidas por la pluralidad de agrupaciones, y de su variable poder financiero; tanto debido a su anclaje en la burocracia municipal, como en relación a factores que escapaban a la corporación política. Problemas como los conflictos interbarriales en torno de tierras, o el compromiso con traficantes internacionales de drogas y de armas adosados a los nuevos flujos migratorios procedentes de países limítrofes, fueron generando nuevas bandas que fagocitaron a las anteriores. Su dominio resultó cada vez más difícil para administraciones municipales colonizadas por grupos cuyas pugnas convirtieron a los barrios en un escenario de una violencia que habría de explotar durante la segunda mitad de la década y que se prolongaría hasta el estallido social de fines de 2001.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

DELAMATTA, Gabriela; Ciudadanía y territorio. Las relaciones políticas de las nuevas identidades sociales. Buenos Aires. Espacio Editorial, 2005.

ANDRENACCI, Luciano (organizador); Cuestión social y política social en el Gran Buenos Aires. Buenos Aires. Univ. Nac. De Gral. Sarmiento; 2002.

PERALTA, María Inés; las estrategias del clientelismo “social”. Buenos Aires. Espacio Editorial; 2006.

CIAFARDINI, Mariano; Delito urbano en la Argentina. Las verdaderas causas y acciones posibles. Buenos Aires. Editorial Ariel, 2005.

SEMAN, Pablo; Bajo Continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva. Buenos Aires. Editorial Gorla, 2007.

- LEVITSKY, Steven; La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista. 1983-1999. Buenos Aires. Siglo XXI Editores, 2005.
- ROMERO, Luis Alberto; Breve Historia de la Argentina Contemporánea. Buenos Aires. Siglo XXI Editores, 2005.
- ROMERO, Luis Alberto; La crisis argentina. Buenos Aires. Siglo XXI Editores; 2003.
- KESSLER, Gabriel; Sociología del delito "amateur". Buenos Aires. Editorial Paidós, 2004.
- KESSLER, Gabriel; De proveedores, amigos, vecinos y "barderos": acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires. En Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90. (Varios autores). Buenos Aires. Edit. Biblos-Univ. Nac. De Gral. Sarmiento, 2002.
- MALIMACCI, Fortunato; y SALVIA, Agustín; Los nuevos rostros de la marginalidad. La supervivencia de los desplazados. Buenos Aires. Edit. Biblos-UBA. Inst. Gino Germani, 2005.
- DUSCHATZKY, Silvia y COREA, Cristina; Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones. Buenos Aires. Edit. Paidós, 2002.
- FREDERIC, Sabina; Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires. Buenos Aires. Edit. Prometeo, 2004.
- CRAVINO, Maria Cristina; Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana. Universidad Nacional de General Sarmiento, 2006.
- AUYERO, Javier; La política de los pobres. Las practicas clientelistas del peronismo. Buenos Aires. Ediciones Manantial, 2001.
- AUYERO, Javier; La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea. Buenos Aires. Siglo XXI Editores, 2008.
- MI PARTIDO: La Paz y Almirante Brown. Clarín, 1998.
- MERKLEN, Denis; Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003). Buenos Aires. Edit. Gorla, 2005.
- MERKLEN, Denis; Organización comunitaria y práctica política. Las ocupaciones de tierras en el conurbano de Buenos Aires. Caracas. Revista Nueva Sociedad N° 149 (mayo-junio 1997)}
- OSSONA, Jorge Luis; Política barrial y política comunal en Nueva Urbana durante los años 80 y 90. Buenos Aires. UNSAM.-CEHP, 2006.
- OSSONA, Jorge Luis; Militancias y poderes barriales en Nueva Urbana durante la transición democrática: el caso de los Ibáñez. Buenos Aires. UNSAM-CEHP, 2007.
- OSSONA, Jorge Luis; Tierras, sociedad y clientelismo en Villa Urbana: el caso de Villa Independencia. Buenos Aires. UNSAM-CEHP, 2005.
- GRAVANO, Ariel; El barrio en la teoría social. Buenos Aires. Espacio Edit., 2005.
- GONZALEZ GONZALEZ, Eugenio; Bandas Juveniles. Barcelona. Edit. Herder, 1982.
- SILVA, Armando; Imaginarios urbanos. Cultura y comunicación urbana. Bogota. Tercer Mundo Editores. 1998.
- SVAMPA, Maristella; La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo. Buenos Aires. Edit. Taurus; 2005.
- MIGUEZ, Daniel y SEMAN, Pablo (Editores); Entre santos y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente. Buenos Aires. Edit. Biblos, 2006.

